

gión cristiana es obra enteramente de Dios, y por consecuencia divina?

Demos, pues, gracias al Señor por los milagros que ha obrado en este solemne día para establecer su Iglesia, y por la merced inestimable de llamarnos á ella. Admiremos los prodigios de poder, de sabiduría y de amor que obró el Espíritu Santo en favor de los Apóstoles, y de la fortaleza, celo y prudencia que los Apóstoles emplearon en extender la vida, pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo; y creyendo, y venerando, y amando tan sublimes y consoladores misterios, vivamos adorando y glorificando á Dios en esta vida, con la dulce confianza de gozarle después en la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

## HOMILÍA 1.<sup>a</sup>

### Para el día de la Santísima Trinidad.

#### Profundidad y necesidad del misterio.

**A**MADOS hermanos míos: «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán impenetrables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fué su consejero? ¿O quién le dió á El primero, para que le sea recompensado? Porque de El, y por El, y en El son todas las cosas. A El sea gloria en los siglos. Amén.» (Rom., XI, 33 á 36.)

De esta manera, carísimos hermanos, se expresa el Apóstol San Pablo en la Epístola de este día, y la Iglesia nuestra Madre lo apropia y refiere al augusto misterio de la Santísima Trinidad; misterio inefable, misterio trascendental, misterio incomprensible, que constituye un artículo de fe en nuestra sacrosanta Religión.

«¡Oh Trinidad Santísima!—exclama San Agustín en sus Soliloquios. (XXXI.)—Vos sola os conocéis perfectamente. Vos sola ¡oh Trinidad augusta! sois infinitamente superior á todo lo que es admirable, indecible, inaccesible, incomprensible, ininteligible, aventajando substancialmente á toda inteligencia, á toda razón, á todo en-

entendimiento y á toda la cognoscibilidad de los espíritus celestiales. A Vos, Trinidad Santísima, nadie es capaz de comprenderos, ni de explicaros, ni de imaginar como sois, aunque se os mire con los ojos de los ángeles (1).»

Esto dijo el gran Obispo de Hipona; y sin embargo, amados míos, yo tengo hoy necesidad de hablaros de dicha Trinidad augusta, á la que no comprendo ni puedo comprender; pero que con todo mi corazón amo, venero y adoro, deseando que la adoren, veneren y amen todos los pueblos de la tierra, y que en todas partes resueno este dulcísimo himno de alabanzas: «Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo.»

Así, pues, vamos ahora todos juntos á glorificar á Dios uno y trino, con la sumisión de nuestro entendimiento, creyendo para conocer, y conociendo para amar; porque este augusto misterio exige ser creído, ser amado, ser venerado, pero no vanamente escudriñado. Dos cosas intento manifestaros:

- 1.º La profundidad del misterio.
- 2.º La necesidad de creer en él.

#### PUNTO 1.º

##### EL MISTERIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD ES PROFUNDÍSIMO

Decir, amados hermanos, que el misterio de la Santísima Trinidad es profundísimo en su esencia, parece completamente inútil porque todos lo sabemos; pero no lo es considerar las inefables verdades que en él se encierran y que la Iglesia nos manda que creamos. ¿Cuáles son estas verdades?

La primera es, que hay un Ser Supremo, Soberano Señor de cuanto tiene ser, que todo lo crió con la virtud de su palabra, y que este Ser es Dios vivo y verdadero, infinito en todo género de perfecciones, y que es un solo y único Dios. Oye, Israel; el Señor Dios tuyo, es un solo Dios (2). UN SOLO DIOS, pues así lo declaró el Señor en el Deuteronomio, diciendo: Ved que yo soy solo, y que no hay otro Dios sino yo (3).

Esta verdad de fe, nadie dirá que es oscura porque la misma

(1) Trinitas sancta... quam, neque dicere, neque cogitare, neque intelligere; neque cognoscere possibile est, etiam oculis angelorum. (S. Agustín.)

(2) Audi Israel, Dominus Deus noster, Dominus unus est. (Deuter., VI, 4.)

(3) Videte quod ego sim solus, et non sit alius Deus praeter me. (Deuter., XXXII, 39.)

razón natural basta para evidenciarla. ¿Quién que levante los ojos al firmamento y contemple esa infinidad de astros que giran sobre nuestras cabezas, no comprende por modo evidente la existencia de un Ser Supremo, infinitamente sabio, é infinitamente poderoso, y por consecuencia *único*, porque es imposible que haya dos seres infinitos? Esta es la *Unidad* en la *Trinidad*.

Dios, pues, es *uno* en esencia, pero juntamente *trino* en personas; á saber: *Padre, Hijo y Espíritu Santo*; y esta es la segunda verdad que la Iglesia nos propone. Verdad de fe, pero verdad superior á la razón, verdad de profundo misterio, ante el cual el cristiano inclina humilde su frente, y dice: «CREO». ¡Oh profundidad de las riquezas, de la sabiduría y ciencia de Dios!

Misterio, digo, que supera á la razón humana, pero que es altamente razonable; porque se funda, no sólo en la Iglesia infalible, sino en la palabra misma de Dios. «*Hay tres—dijo el Apóstol San Juan—que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son una misma cosa* (1).» Puede darse prueba más evidente de la *unidad* en la *trinidad*?

Y lo mismo enseñan los Santos y Doctores de la Iglesia, pero de modo elocuentísimo que no dejan nada que desear. «*Hay—dijo San Agustín—en el Padre, y el Hijo y el Espíritu Santo, una eterna é inmutable unidad, un solo Dios, una sola luz y un solo principio.*» No encuentro—añade—un nombre que convenga á una excelencia tan grande; ved lo mejor que puede decirse: «*Esta Trinidad es un solo Dios, de quien, por quien y en quien son todas las cosas, y estas tres personas no tienen más que una misma substancia. Sin embargo, una persona no es la otra. Hay en las tres el mismo poder, la misma eternidad, la misma inmutabilidad, la misma majestad: unidad en el Padre, igualdad en el Hijo, y concierto de igualdad y unidad en el Espíritu Santo. Y estas tres personas son una misma cosa á causa del Padre, iguales en todo á causa del Hijo, y unidad entre sí á causa del Espíritu Santo* (2).»

Verdaderamente es sublime y compendioso esto que dijo el grande Obispo de Hipona, y de ello se desprende una tercera ver-

(1) Tres sunt, qui testimonium dant in coelo: Pater, Verbum, et Spiritus Sanctus; et hi tres unum sunt. (I Joann., V, 7.)

(2) Trinitas haec, unus Deus, ex quo, per quem, in quo omnia, eorundem una substantia. Unus autem non est alter: eadem tribus potestas, eadem aeternitas, eadem incommutabilitas, eadem majestas. In Patre unitas, in Filio aequalitas, in Spiritu Sancto unitatis aequalitatis que concordia. Et tria haec, unum omnia propter Patrem, aequalia omnia propter Filium, connexa omnia propter Spiritum Sanctum. (S. Agustín, lib. 1.º de *Doctrina christiana*, cap. V.)

dad consoladora y luminosa que todos debemos creer, y es que *cada una de dichas tres divinas personas es Dios*. Dios es el Padre; Dios es el Hijo; Dios es el Espíritu Santo; y sin embargo, no son tres dioses, sino *un solo y único Dios*.

«*Padre mío—dijo Jesucristo—en esto consiste la vida eterna; en que os conozcan como un solo y verdadero Dios*» (1). Luego el Padre es Dios.

«*El Verbo—leemos en el Evangelio—estaba desde el principio en Dios, y Dios era el Verbo* (2).» El Verbo es el Hijo; luego el Hijo es Dios.

Sólo á Dios corresponde tener templos para ser adorado; pero el Apóstol San Pablo dice que nosotros somos templos del Espíritu Santo; luego el Espíritu Santo es Dios. Son, pues, tres personas divinas, pero no tres dioses.

Pero dijo también San Agustín, en las palabras citadas, que *las tres divinas personas son perfectamente iguales entre sí*; y esta es la cuarta verdad que ha de creer todo cristiano. Ser iguales entre sí quiere decir que cada una de ellas tiene la misma gloria, la misma majestad, la misma divinidad; que cada una de ellas es infinitamente sabia, infinitamente poderosa é infinitamente justa; que cada una de ellas es inmensa, increada y eterna, pero sin que pueda decirse que hay tres seres inmensos, ó increados, ó eternos; sino «*un olo eterno, un solo increado y un solo inmenso.*» (Symb. Athanas.)

Por último, la quinta verdad que todos hemos de creer es que, aunque dichas tres personas son iguales en perfecciones é igualmente eternas, sin embargo, *el Padre es la primera* de las tres, que no tiene principio de su existencia, que no es hecho, ni creado, ni engendrado. *El Hijo es la segunda persona*, que viene del Padre por vía de generación, de donde provienen los nombres adorables de Padre y de Hijo. *El Espíritu Santo es la tercera persona*, que procede del Padre y del Hijo, como de un solo principio, y que esta procesión no puede llamarse generación, porque es de fe que no hay más de una sola generación y un Hijo solo.

Tales son, amados míos, las principales verdades que contiene la doctrina de la Santísima Trinidad, y ante ideas tan asombrosas y tan sobre la comprensibilidad humana, sólo nos incumbe á los cristianos creer, venerar, adorar y decir con la Epístola de hoy: «*¡Oh profundidad de las riquezas, de la sabiduría y de la ciencia de*

(1) Haec est vita aeterna ut cognoscant te solum verum Deum. (Joann., XVII.)

(2) In principio erat Verbum, et Verbo erat apud Deum, et Deus erat Verbum. (Joann., I, 1.)

Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán impenetrables sus caminos!» Veamos ahora cuán legítima y cuán racional es esta sumisión del entendimiento y del corazón á la soberana autoridad de Dios que se ha dignado revelarnos misterio tan augusto, como sublime é incomprensible.

## PUNTO 2.º

### NECESIDAD DE CREER EL MISTERIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

«En la suprema y augusta Trinidad tanto es una sola persona, cuanto son las tres unidas; y no son más dos que una, y las tres son en sí infinitas. De esta suerte, no sólo se encuentran cada una en cada una de las demás, sino también todas en cada una, y cada una en todas y todas en todas, y todas son uno (1).» Así se expresaba el Aguila de los doctores hablando de este inefable misterio, mostrando además que no por estar sobre la razón, es contra la razón, porque más puede Dios hacer que nosotros comprender, y la esencia infinita de Dios, no puede ser completamente entendida por el hombre finito.

De aquí, amados míos, pudiera hacerse el siguiente argumento: «Nada es más creíble, ni más digno de Dios que lo infinito; es así que todo lo que es infinito es incomprensible para el hombre, pues siendo limitado su entendimiento no puede comprender más que las cosas limitadas; luego nada puede parecernos más creíble y más digno de Dios que lo que es incomprensible á nuestro entendimiento. El misterio de la Santísima Trinidad se encuentra en este caso; luego nos ha de parecer altamente razonable el que sea para nosotros incomprensible. Si el hombre con su inteligencia comprendiera los misterios infinitos de Dios, ó sería de potencia intelectual infinita como Dios, ó Dios dejaría de ser infinito, ó lo que es lo mismo, Dios dejaría de ser Dios.

Pero dejando estas disquisiciones científicas y otras muchas que pudieran hacerse para quien las necesite, me concreto á vosotros, fieles, sencillos y buenos, y os digo: «Nada hay más necesario para nuestra eterna salud que creer en el adorable misterio de la Santísima Trinidad.» La sentencia está ya pronunciada en el Santo

(1) In summa Trinitate tantum est una, quantum tres simul sunt; et nec plus aliquid sunt duae, qua una res, et in se infinita sunt; ita et singulae sunt in singulis, et etiam omnia in singulis, et singula in omnibus, et omnia in omnibus, et unum omnia. (S. August., lib. VI, *De Trinitate*.)

Evangelio: «El que no crea, dice (en este misterio), será condenado á los eternos suplicios.» (*Qui non crediderit condemnabitur.*—Marc., XVI.)

Todo cristiano, pues, que quiera salvarse, ha de tener y conservar hasta el fin de su vida, la creencia en los artículos de la Santísima Trinidad, que antes os he indicado, y el que llegue á perderla, tenga por seguro que pierde su eterna salvación. (*Absque dubio in aeternum peribit.*)

«Los cielos—dijo el Real Profeta—han sido creados por la palabra del Señor, y su poder viene del aliento de su boca (1).» El Señor que crea es el Padre; la palabra que emplea para crear es el Hijo; y el soplo de su boca es el Espíritu Santo; y así en un solo versículo de la Biblia quedan expresadas las tres divinas personas de la Trinidad augusta.

Creamos, por tanto, en Dios uno y trino; uno en esencia y trino en personas; creamos, no con fe muerta, no con fe vacilante, no con fe lánguida, sino con fe viva, firme é inalterable, con fe generosa y constante, manifestada en las obras; porque esta es la fe con que los cristianos dan honor y gloria á la Santísima Trinidad.

Es verdad que nuestro entendimiento no alcanza á comprender cómo es un solo Dios siendo tres las personas, ni cómo son tres las personas siendo un solo Dios; pero la fe lo enseña, la Iglesia lo predica, es revelación divina, y esto basta para que los buenos cristianos creen, amen, veneren y adoren á la Trinidad en la unidad y á la unidad en la Trinidad, con todo el afecto de su corazón, exclamando siempre con el Apóstol: *O altitudo divitiarum sapientiae et scientiae Dei!* ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo, gloria á la Trinidad beatísima, en quien, de quien y por quien vive todo cuanto vive, y vivimos nosotros y por la gracia de Dios viviremos eternamente en las mansiones inefables de los cielos. Amén.

(1) Verbo Domini coeli formati sunt, et spiritu oris ejus, omnis virtus eorum. (Psalmo XXXII, 6.)